

cosas de la tierra, no como vuestro fin, sino como medios que Dios os ha dado para conseguirlo. 3.^o Considerad el pecado como vuestro mayor enemigo; porque él solo puede haceros perder vuestro último fin. Estas tres reglas bien aplicadas os animarán á servir á Dios en esta vida, y os conducirán á gozarle eternamente en el cielo. Amen.

PLÁTICA X.

LA REDENCION DEL HOMBRE. — OBLIGACION DE SERVIR Á DIOS DESDE LA PRIMERA EDAD.

Empti estis pretio magno: jam non estis vestri. (I Cor. vi, 19, 20).

Hasta aquí, fieles míos, os he explicado el primer artículo del Símbolo, en el cual he tratado difusamente de la primera Persona de la santísima Trinidad y de las obras de la creacion: hoy emprendo la explicacion del segundo, en el cual se comienza á hablar de la segunda Persona y de las obras de nuestra redencion. Este segundo artículo está concebido en estas palabras: *Creo en Jesucristo su Hijo único, señor nuestro*. Aquí, como veis, se nos descubre un nuevo orden de cosas, y se nos ofrece una doctrina muy interesante; pues se nos habla de la grande obra de la Encarnacion divina, la cual excede á la obra de la creacion explicada en el artículo precedente, y es la mas admirable que Dios ha hecho y puede hacer.

Lo primero que en esta materia debeis entender es, cómo y en qué sentido la segunda Persona de la santísima Trinidad se llama Jesucristo; lo que no os será muy difícil si teneis presente, que esta segunda Persona, á saber el Hijo, es Dios y hombre juntamente: como Dios es engendrado del divino Padre desde la eternidad; como hombre fue engendrado de María vírgen en el tiempo: como Dios tiene padre sin madre, que es la primera Persona; como hombre tiene madre sin padre, que es María santísima: como Dios ha sido siempre; como hombre tuvo principio como nosotros. Ahora bien: este divino Hijo, en cuanto es simplemente Dios, se llama *Verbo eterno*; en cuanto es juntamente Dios y hombre, se llama *Jesucristo*: nombre compuesto de Jesús y Cristo, que expresa admirablemente su excelencia y el gran encargo que vino á desempeñar sobre la tierra.

El primer y principal nombre de este Dios encarnado ó hecho hombre es el nombre adorable de *Jesús*; nombre que quiere decir salvador, libertador, redentor; porque él nos ha salvado librándonos de nuestros pecados. Si no hubiese sido Jesús, nuestros pecados no tenían remedio, nuestra suerte hubiera sido la misma que la de los Ángeles rebeldes, y para nosotros no quedaba otro recurso que ser para siempre prisioneros del infierno. Como el género humano habia hecho á Dios una injuria infinita, y era incapaz de ofrecerle una satisfaccion proporcionada, nuestro caso era semejante al de un infeliz que teniendo grandes deudas que pagar, y no teniendo con que satisfacerlas, es conducido al último suplicio. Pero Jesús se ofreció á satisfacer por nosotros, y para nuestro rescate dió nada menos que su vida; vida que por ser de una Persona divina era de un valor infinito. ¡Sea eternamente bendita su misericordia!

Por aquí podeis conocer, por qué en este artículo damos á Jesucristo el título de *Señor nuestro*. Le damos el título de Señor, porque á mas del derecho de señorío que como Dios tenia sobre nosotros, se adquirió otro especial por habernos rescatado de la esclavitud del pecado y del demonio. En efecto : cada uno es señor de lo que ha comprado con su dinero, y como de cosa propia tiene derecho á disponer de ello conforme á su gusto. ¿Cuánto mas, pues, Jesucristo puede disponer de nosotros como legítimo señor, habiéndonos comprado, no con oro y plata, sino con su propia sustancia, con su preciosa sangre, con su misma vida? De este principio inferia san Pablo que nosotros no somos ya nuestros, sino de Jesucristo ; que nuestra alma, nuestro corazon, nuestro cuerpo y cuanto poseemos no es ya nuestro, sino de Jesucristo ; que nuestra vida, nuestros años, nuestros instantes no son ya nuestros, sino de Jesucristo : y de consiguiente que á su servicio debemos darnos no solo en los años de nuestra vejez y caducidad, sino desde la edad primera y luego que tenemos la dicha de conocerle : *Empti estis pretio magno : jam non estis vestri*.

¡Oh si vosotros comprendiéseis bien esta verdad! ¡cuánto os avergonzaríais, viejos, de haber consumido en pecados los mejores años de vuestra vida! ¡cuánto os animaríais, jóvenes, á entregaros por entero al servicio de Jesucristo desde esa tierna edad en que os hallais! Consiguiente á la doctrina que os he expuesto, voy á manifestaros la estrechísima obligacion que tiene todo cristiano de darse al servicio de Dios desde sus primeros años.

Bien veo, hijos míos, que con la doctrina de hoy tengo de hacerlos salir los colores á la cara ; pues voy á traerlos á la memoria los desórdenes de vuestros primeros años y los pecados de vuestra pequeñez, pecados que quizás algunos llevais todavía en el alma por no haberlos jamás borrado con una sola lágrima, ni expiado por una legítima confesion. ¿No es verdad, hijos, que apenas comenzásteis á conocer á Dios, comenzásteis tambien á ofenderle? ¿No es verdad que aquellos primeros años, que debíerais pasar puros é inocentes como unos angelitos, vinieron ya manchados con pecados y vicios los mas disformes? Sí que lo es : y si vosotros recordais los primeros pasos de vuestra vida, habréis de decir lo que san Agustin confesaba de sí con lágrimas : *Tantillus puer, et tantus peccator* : poca edad y mucha malicia, un pequeño niño y un grandísimo pecador.

En vista de este desórden que es harto frecuente, ya por el descuido de los padres, ya por los malos ejemplos que se ven en la primera edad, ya en fin por la miseria de nuestra naturaleza siempre propensa al mal, me dirijo hoy particularmente á los jovencitos para hacerles ver cuánto les importa mantenerse fieles á Dios en la juventud, ofreciéndole esta primera flor de su edad. La primera razon que para ello os presento, mis amados jóvenes, es que los servicios hechos á Dios en la edad tierna, le son mucho mas agradables ; así lo asegura el angélico Doctor : *Servitium Deo in adolescentia exhibitum, est illi gratius*. No quiero decir con esto que no se pueda entrar á servir á Dios en cualquier edad. Tanta es su bondad que no rehusa nuestro servicio siempre que de nuestros extravíos nos volvamos sinceramente á él, aunque lo hagamos en una edad decrepita y decadente, como lo testifica el ejemplo de tantos que se entregaron á Dios en edad

madura, y llegaron á ser lumbreras de santidad ; pero nadie podrá negarme que no sea singularmente grato á Dios el servicio de la edad primera.

Dándole las primicias de nuestros años, le hacemos un sacrificio mas precioso ; porque le ofrecemos no solo una edad la mas bella, sino tambien la mas tentada. Me explicaré. Darse á Dios despues de haberse revolcado en todas las inmundicias de la tierra, despues de haber servido largo tiempo al mundo, despues de haber conocido por experiencia propia su vanidad, sus tradiciones, su nada, no es ciertamente una grande cosa ; pero darse á Dios en un tiempo en que el mundo brinda, halaga y se presenta con semblante risueño y lisonjero, no pintando al entendimiento sino imágenes de felicidad, ¿quién no ve que esta es una cosa mas excelente y meritoria? Darse á Dios cuando el mundo ha despedido al hombre ya por inútil, cuando el pecado llega ya á fastidiar, cuando las mismas pasiones cansadas de tantos excesos piden quietud y reposo, cosa es que vale bien poco ; pero darse á Dios cuando el mundo acaricia, las tentaciones aprietan, la carne se rebela, y las ocasiones de dejarle se presentan á cada paso... ¡oh! esta sí que es prueba cierta de verdadera virtud, y señal cierta de que se ama á Dios de veras.

Vosotros mismos podeis juzgarlo por lo que cada dia pasa delante de vuestros ojos. Si veis á un viejo ó una vieja que reza mucho, frecuenta Sacramentos, lleva vida cristiana y devota, este espectáculo os conmueve tan poco, que ni siquiera os deteneis en mirarle ; pero cuando veis un jóven, una tierna doncella que no se dejan llevar de la corriente del mundo, y en medio de las tentaciones, peligros y malos ejemplos saben conservarse fieles á Dios, modestos, castos, inocentes y devotos, esta es una vista que os afecta, y os hace

sentir una tierna emocion. Los mismos mundanos les miran con ojos de veneracion y aprecio ; aprecio y veneracion que les sirve de leccion saludable, y que no pocas veces les induce á imitar su ejemplo. San Agustin confiesa de sí, que la vista de ciertos jóvenes inmaculados y de ciertas vírgenes inocentes fue lo que hirió mas profundamente su corazon, y le determinó á salir de una vez del lodo de sus impurezas.

Será tal vez por esta razon, que Jesucristo nuestro salvador se mostró siempre tan amante de la juventud inocente y virtuosa. Apenas entraba en una ciudad, cuando los niños, atraídos de su dulzura celestial, venian á coros y se llegaban á su persona. Él los acariciaba, él les instruía, y jamás les despedía sin darles su santísima bendicion. Si alguna vez los Apóstoles querian apartarles para que no le molestasen, dejad, les decia el amantísimo Salvador, dejad que se arriemen á mí estos virtuosos jovencitos : *Sinite parvulos venire ad me* ; ellos son mi alegría, mi gozo y mi corona ; de ellos es el reino de los cielos : *talium est enim regnum caelorum*. Notad, fieles, que no dijo el Salvador, de ellos será el reino de los cielos, sino de ellos es ; porque quien en la primera edad busca y halla á Jesucristo, ya puede decir que tiene un pié dentro el paraíso.

Sí, tiene un pié dentro el paraíso ; porque este tal no halla en el camino del cielo los obstáculos y dificultades que encuentran otros. Vosotros no podeis comprender lo que cuesta convertirse á Dios, cuando se ha tenido la desgracia de gastar los mejores años en la corrupcion del vicio y en el desahogo de las pasiones. ¿Cuántos esfuerzos no se deben hacer para vencer los malos hábitos con quienes por tanto tiempo se ha vivido? ¿cuánta violencia para acostumbrarse á la piedad que nunca se ha practicado? Tanta es la violencia, tales

los esfuerzos que se requieren, que muchos desgraciados prefieren ir al infierno antes que emprender lo que les parece colosal empresa. Ellos conocen prácticamente la verdad de aquel oráculo divino : que los vicios de la juventud se internan, se entrañan, se encarnan hasta los huesos : *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiae.*

Estas dificultades no las sienten los que se aplican pronto al ejercicio de la virtud. Al modo que una planta todavía tierna toma fácilmente cualquiera direccion que se la quiera dar ; al modo que la cera blanda recibe fácilmente aquella forma que se la quiera imprimir ; así un corazon todavía vírgen, no contaminado con vicios y pecados, recibe con la mayor facilidad las impresiones de la virtud, y toma la direccion hácia el cielo.

De ahí es que nuestra salvacion depende en gran parte, por no decir del todo, de la vida buena ó mala que se lleva en la juventud. Pluguiése á Dios, hijos míos, que comprendiéseis bien esta verdad que ignoran la mayor parte de los hombres, y que es causa de la condenacion de tantos ; y que todos los cristianos conociesen que la eternidad feliz ó desgraciada que les espera despues de esta vida, depende en gran manera de esta primera edad, que la mayor parte de ellos emplean tan mal. ¿Por qué pensais que el Espíritu Santo nos inculca en tantos lugares de la Escritura, *que pensemos desde jovencitos en nuestra salvacion, y que comencemos á ejercitarnos en la virtud desde nuestros primeros años?* ¿Por qué pensais nos dice el Sábio : *acuérdate, hijo, de tu Criador en los dias de tu juventud, antes que la vejez no te caiga encima, y con ella te vengan los años tristes y displicentes?* ¿Por qué pensais nos dice el Eclesiástico : *hijo mio, abraza desde la niñez el santo temor de Dios... applicate á la virtud con constancia ;*

que si bien esto te costará un poco al principio, no pasará mucho tiempo sin que recojas sus frutos hermosos y saludables? ; Ah fieles ! Todo esto demuestra que la juventud es de mas importancia de lo que los hombres se figuran, y que la felicidad ó infelicidad de la otra vida depende ordinariamente del buen ó mal empleo de la primera edad. Quien la emplea en el servicio de Dios, persevera en él todo el resto de su vida, y se salva : quien al contrario la emplea en el pecado, continúa en él hasta la muerte, y se condena. Por esto dice la Escritura, *que el hombre sigue hasta la última edad el camino que tomó en la juventud.*

Parece increíble que las primeras costumbres se impriman tan profundamente en los jóvenes, que no se horren hasta la última edad ; pero no hay cosa mas cierta. Así como el lienzo conserva siempre algo del primer color que se le dió, por mas que se lave ; así como un vaso conserva por mucho tiempo algo del primer licor que se le infundió, por mas que se limpie ; así el hombre conserva las virtudes ó los vicios de sus primeros años, y los guarda todo el resto de su vida. Esta regla podrá tener sus excepciones, y quizás no se verifica constantemente en todos ; pero se verifica en la mayor parte. La experiencia nos muestra, que así como es raro encontrar personas que, habiendo sido disolutas en la juventud, hayan dejado de serlo cuando viejas ; así es tambien muy raro encontrar personas que, habiendo sido de buenas costumbres cuando jóvenes, hayan prevaricado despues. Dichoso pues, mil veces dichoso quien desde la juventud se entrega todo al servicio de Dios : este, dice el Doctor angélico, tiene una certeza moral de su salvacion : *Qui ab adolescentia serviunt Deo, securi de sua salute discedunt.*

Esta es, hijos míos, la principal ventaja que resulta de



una juventud bien arreglada y virtuosa : partir de este mundo con una consoladora probabilidad de ir al cielo. ¿Quién puede concebir cuáles sean en el tiempo calamitoso de la muerte la tranquilidad, el gozo, la confianza de un cristiano, que volviendo sus miradas atrás, observa que desde los primeros años ha servido á Dios, y que á excepcion, tal vez, de alguna caída pasajera, se ha conservado constantemente fiel? Tal es el consuelo que en aquellos momentos siente, que da por bien empleados todos los sacrificios y penas que ha llevado en el breve curso de su vida.

Concluiré con aquel aviso memorable del Eclesiástico: *Memento Creatoris tui in diebus juventutis tue, antequam veniat tempus afflictionis* : acordaos, hijos míos, de vuestro Criador en vuestros años juveniles, si quereis libraros de aquellos dias tristes de remordimientos, aflicciones y angustias que van viniendo y no tardarán á llegar. No os engañen los malos ejemplos de vuestros compañeros, ni los halagos del mundo, ni los atractivos de la edad, ni las sugerencias de tantos que os dicen, que conviene condescender por algun tiempo con las malas inclinaciones, y que tiempo os sobrará despues para servir á Dios ; porque pasaréis mas adelante en el vicio de lo que pensais, y quizás un dia reconoceréis que no es fácil volver atrás.

Teniendo siempre á la vista los motivos eficacísimos que acabo de proponeros, aplicaos desde ahora al servicio de aquel Dios, que es el señor soberano de todos los hombres, de todos los tiempos y de todas las edades ; y abrazad el partido de la virtud antes que el vicio eche en vosotros sus perniciosas semillas : y si alguna ha echado ya, antes que ponga raíces y tome incremento. Este es el camino, ó carísimos, el único camino de haceros amables á Dios y á los hombres,

de ser felices en esta vida en el modo que podeis serlo, y felices despues por toda una eternidad.

Por lo que toca á vosotros, cristianos de edad ya adulta, que sabeis haber empleado malamente el tiempo precioso de vuestros primeros años, no retardeis mas vuestra conversion á Dios. Habeis perdido la juventud, la virilidad ; no os queda mas que una vejez inútil y apenas buena para nada : ¿querréis perderla tambien? Son verdaderamente dignos de llorarse tantos años perdidos... Pero ¿qué hacer? el mal está hecho, y no se puede fácilmente remediar. Podeis con todo en algun modo remediarlo sirviendo de hoy en adelante al Señor con mas aplicacion, fidelidad y amor. ¡Oh, mis amados! No mas retardos, no mas dilaciones. *Aut cito, aut nunquam* : ó presto, ó nunca. Pensadlo seriamente y muy despacio : ó presto, ó nunca. Antes que la muerte llegue, borrar con lágrimas vuestras culpas, llorad tantos años perdidos, emplead santamente el poco tiempo que os queda. Decid incessantemente al Señor : *Delicta juventutis mee, et ignorantias meas ne memineris* : Dios mio, no os acordeis de los delitos de mi juventud, y poned en olvido las iniquidades de mi vida. Tal vez el Señor se compadezca de vosotros ; tal vez acepte aun los derechos del mundo y el servicio de vuestros últimos dias, y en prueba de su misericordia infinita os recompense eternamente en el cielo. Amen.